

borotar el serrallo del gran Turco y hacer degollar doce ó trece hermanos que tiene por miedo de que no conspiren á la corona, y volverme de camino por los cantones de los Esgúzaros y por Ginebra á otras diligencias de este modo, por sobornar con algunos servicios á mi amo, que debe de estar muy indignado contra mí por la travesura pasada, y que yo estaré contigo antes que den las siete de la mañana. Y diciendo y haciendo, se metió por esos aires como por viña vendimiada, meneando la pajueta á todo pajarote y ciudadano de la region etérea, á fuer de los de la jirgonza crítica, y don Cleofas se entró á tomar posada, por haber muchos pasajeros que habian venido con galeones y pasaban á Madrid: con todo eso al huésped nuevo hicieron cortejo, porque la persona de don Cleofas traia consigo cartas de recomendacion, como dicen los cortesanos antiguos.

Convidáronle á cenar unos caballeros soldados muy corteses, preguntándole nuevas de Madrid, y despues de haber cumplido con la celebridad de los brindis por el Rey, que Dios guarde, por sus damas y sus amigos y haber dado las aceitunas y postres, carta de pago y fin de cena, se fué cada uno á recoger á su aposento, porque habian de tomar la madrugada para llegar con tiempo á Madrid, y don Cleofas hizo lo mismo en el que le señaló el huésped, sintiendo la soledad del compañero en algun modo, porque le traia muy entretenido, y haciendo varios discursos sobre la almohada, se quedó como un pajarito, jurando el silencio de las sombras como los demás del mundo, el meson de la Sevillana, el natural vasallaje con el sueño, que solas grullas, morciélagos y lechuzas estaban de posta á su cuerpo de guardia, cuando á las dos de la noche oyó unas temerosas voces que repetian: ¡Fuego, fuego! Despertaron á los dormidos pasajeros con el sobresalto y asombro que suele causar cualquier alboroto á los que están durmiendo, y mas oyendo nombrar fuego, voz que con mas terror atemoriza los ánimos mas constantes, rodando unos las escaleras por bajar mas apriesa, otros saltando por las ventanas que caian al patio de la posada, otros que por las pulgas ó temor de las chinches dormian en cueros como vinagre, hechos Adanes del baratillo, poniendo las manos donde habian de estar las hojas de higuera, siguiendo á los demás y acompañándolos don Cleofas con los calzones revueltos al brazo y una alfajía, que por no encontrar la espada topó acaso en su aposento, como si en los incendios y fantasmas importase andar á palos ni cuchilladas: natural socorro del miedo en las repentinas invasiones. Salió en esto el huésped en camisa, los piés en unas empanadas de frengal, cinchado con una faja de grana de polvo el estómago, y un candil de garabato en la mano, diciendo que se sosegasen, que aquel ruido no era de cuidado, que se volviesen á sus camas, que él pondria remedio en ello. Apretóle don Cleofas, como mas amigo de saber, que le dijese la causa de aquel alboroto, que no se habia de volver á acostar sin descifrar aquel misterio. El

huésped le dijo muy severo que era un estudiante de Madrid, que habia dos ó tres meses que entró á posar en su casa y que era poeta de los que hacen comedias, y que habia escrito dos que se le habian chillado en Toledo y apedreado como viñas, y que estaba acabando de escribir la comedia de Troya abrasada y que sin duda debía de haber llegado al paso del incendio, y se convertía tanto en lo que escribia, que habria dado aquellas voces, que por otras experiencias pasadas sacaba él que aquello era verdad infalible, como él decia, que para confirmarlo subiesen con él á su aposento y hallarian ser verdadero este discurso.

Siguieron al huésped todos de la suerte que cada uno estaba, y entrando en el aposento del tal poeta, le hallaron tendido en el suelo, despedazada la media sotana, revolcado en papeles y echando espumajos por la boca y pronunciando con mucho desmayo fuego, fuego, que casi no podia echar la habla, porque se le habia metido monja. Llegaron á él muertos de risa y llenos de piedad todos, diciéndole: Señor licenciado, vuelva en sí y mire si quiere beber y comer algo por este desmayo. Entonces el poeta, levantando como pudo la cabeza y algo alborotado, dijo: Si es Eneas y Anquises con los Penates y el amado Ascanio, ¿qué aguardais aquí? Que está ya el Ilión hecho cenizas, y Priamo, Paris y Policena, Hecuba y Andrómaca han dado el fatal tributo á la muerte, y á Elena, causa de tanto daño, llevan presa Menelao y Agamemnon, y lo peor es que los Mirmidones se han apoderado del tesoro troyano. Vuelto en su juicio, dijo el huésped que aquí no hay almidones ni toda esa tropelia de disparates que ha referido, y mucho mejor fuera llevarle á casa de Nuncio, donde pudiera ser con bien justa causa mayoral de los locos, y meterle en cura, que se le han subido los consonantes á la cabeza como tabardillo. ¿Qué bien entiende de afectos el señor huésped! respondió el poeta incorporándose un poco mas. De afectos ni de afeites, dijo el huésped, no quiero entender, sino de mi negocio; lo que importa es que mañana hagamos cuenta de lo que me debe de posada y se vaya con Dios, que no quiero tener en ella quien me la alborote cada dia con estas locuras; basten las pasadas, pues comenzando á escribir, recién venido aquí, la comedia del Marqués de Mantua, que zozobró y fué una de las silbadas, fueron tantas las prevenciones de la caza y las voces que dió llamando á los perros Meleampo, Oliveros, Saltamontes, Tragavientos, etc., y el ataja, ataja y el guarda el oso cerdoso, y el jabalí colmilludo, que malparió una señora preñada, que pasaba del Andalucía á Madrid, del sobresalto; y en esotra del Saco de Roma, que entrambos parecieron, cual tenga la salud, fué el estruendo de las cajas y trompetas, haciendo pedazos las puertas y ventanas de este aposento á tan desusadas horas como estas, y el cierra España, Santiago y á ellos y el jugar la artillería con la boca, como si hubiera ido á la escuela con un petardo ó criádose como el basilisco de Malta, que engañó el rebato

á una compañía de infantería que alojaron aquella noche en mi casa; de suerte que tocando al arma se hubieron de hacer á oscuras unos soldados pedazos con los otros, acudiendo al ruido medio Toledo con la justicia, echándome las puertas abajo, y amenazó á hacer una de todos los diablos, que es poeta grulla que siempre está en vela y halla consonantes á cualquier hora de la noche y de la madrugada.

El poeta dijo entonces: Mucho mayor alboroto fuera si yo acabara aquella comedia de que tiene usted en prendas dos jornadas por lo que le debo, que la llamo las Tinieblas de Palestina, donde es fuerza que se rompa el velo del templo en la tercera jornada y se oscurezca el sol y la luna y se den unas piedras con otras y se venga abajo toda la fábrica celestial, con truenos y relámpagos, cometas y exhalaciones, en sentimiento de su Hacedor, que por faltarme dos nombres que he de poner á los sayones no la he acabado. Ahí me dirá usted, señor huésped, ¿qué fuera ello? Váyase, dijo el mesonero, á acabarla al Calvario, aunque no faltará en cualquiera parte que la escriba ó la representen quien le crucifique á silbos, legumbre y edificio. Antes resucitan con mis comedias los autores, dijo el poeta; y para que conozcan todos ustedes esta verdad y admiren el estilo que llevan todas las que yo escribo, ya que se han levantado á tan buen tiempo, quiero leerles esta. Y diciendo y haciendo, tomó en la mano una rima de vueltas de cartas viejas, cuyo bulto se encaminaba mas á pleito de tenuta que á comedia, y arqueando las cejas y deshollinándose los bigotes, dijo leyendo el título de esta suerte: Tragedia troyana, Astucias de Sinon, caballo griego, Amantes adúlteros y reyes endemoniados. Sale lo primero por el patio, sin haber cantado, el Paladion con cuatro mil griegos por lo menos, armados de punta en blanco dentro de él. ¿Cómo, le replicó un caballero soldado de aquellos que estaban en cueros, que parece que le habian de echar á andar en la comedia, puede toda esa máquina entrar por ningun patio ni coliseo de cuantos hay en España, ni por el del Buen Retiro, afrenta de los romanos anfiteatros, ni por una plaza de toros? Muy buen remedio, respondió el poeta, derribarése el corral y dos calles junto á él para que quepa esta tramoya, que es la mas portentosa y nueva que los teatros han visto, que no siempre sucede hacerse una comedia como esta, y será tanta la ganancia, que podrá muy bien á sus ancas sufrir todo este gasto. Pero escuchen, que ya comienza la obra, y atencion por mi amor. Salen por el tablado con mucho ruido de chirimías y atabalillos Priamo, rey de Troya, y el príncipe Paris y Elena, muy bizarra en un palafren, en medio, y el Rey á la mano derecha, que siempre de esta manera guardo el decoro á las personas reales, y luego tras ellos, en palafrenes negros, de la misma suerte, once mil dueñas á caballo. Mas dificultosa apariencia es esa que esotra, dijo uno de los oyentes, porque es imposible que tantas dueñas juntas se hallen. Algunas se harán

de pasta, dijo el poeta, y las demás se juntarán de aquí para allí, fuera de que si se hace en la corte, ¿qué señora habrá que no envíe sus dueñas prestadas para una cosa tan grande, por estar los días que se representare la comedia, que será por lo menos siete ú ocho meses, libres de tan cansadas sabandijas? Hubiéronse de caer de risa los oyentes, y de una carcajada se llevaron media hora de reloj, al son de los disparates del tal poeta, y él prosiguió diciendo: No hay que reirse, que si Dios me tiene de sus consonantes, he de rellenar el mundo de comedias mias, y ha de ser Lope de Vega, prodigioso monstruo español y nuevo Tostado en verso, niño de teta conmigo, y despues me he de retirar á escribir un poema heróico para mi posteridad, que mis hijos ó mis sucesores hereden, en que tengan toda su vida que roer sílabas. Y ahora oigan vuestas mercedes, amagando á comenzar, el brazo derecho levantando, los versos de la comedia, cuando todos á una voz le dijeron que lo dejase para mas espacio, y el huésped indignado, que sabia poco de filis, le volvió á advertir que no habia de estar un dia mas en la posada.

La encamisada pues de los caballeros y soldados se puso á mediar con el huésped el caso, y don Cleofas, sobre un arte poético de Rengifo que estaba tambien corriendo borrasca entre esotros legajos por el suelo, tomó pleito homenaje al tal poeta, puestas las manos sobre los consonantes, jurando que no escribiría mas comedias de ruido, sino de capa y espada, con que quedó el huésped satisfecho, y con esto se volvieron á sus camas, y el poeta, calzado y vestido, con su comedia en la mano, se quedó tan aturrido sobre la suya, que apostó á roncar con los siete durmientes, á peligro de no valer la moneda cuando despertase.

TRANCO V.

Dentro de muy pocas horas lo fué de volverse á levantar los huéspedes al quitar, haciendo la cuenta con ellos de la noche pasada el huésped de por vida, esperezándose y hostezando de lo trasnochado con el poeta, y trataron de caminar, ensillando los mozos de mulas y poniendo los frenos al son de seguidillas y jácaras; y brindándose con vino y pullas los unos á los otros, ribeteándolas con tabaco en polvo y en humo; cuando nuestro don Cleofas tambien despertó, tratando de vestirse, con algunas saudes de su dama, que las malas correspondencias de las mujeres á veces despiertan mas la voluntad, y antes que diesen las ocho, como habia dicho, entró por el aposento el camarada en traje turquesco, con almalafa y turbantes, señales ciertas de venir de aquel país, diciendo: ¿Heme tardado en el viaje, señor licenciado? El le respondió sonriéndose: Menos se tardó usted desde el cielo al infierno con haber mas leguas cuando rodó con todos esos príncipes, que no han podido gatear otra vez á la maroma de donde cayeron: Al amigo, señor don Cleofas, respondió el Cojuelo, chinche en el ojo, como dice el refran de Castilla. Bueno, bueno, pocos

hay, respondió el estudiante, que en ofreciéndose el chiste miren esos respetos; pero esto no lo digo yo en galantería y por la amistad que hay entre nosotros. Mas dejando esto aparte, ¿cómo te ha ido por esos mundos? Hice todo á lo que fui y mucho mas, respondió el genízaro recién venido, y si quisiera me jurara por gran turco aquella buena gente, que á fe que alguna guarda mejor su palabra, y saben decir verdad y hacer amistades, mas que vosotros los cristianos. ¿Qué presto te pagaste! dijo don Cleofas; algún cuarto debes de tener de demonio villano. Es imposible, respondió el Cojuelo, porque descendemos todos de la mas noble y mas alta montaña de la tierra y del cielo; y aunque seamos zapateros de viejo, en siendo montañeses todos somos hidalgos, que muchos de ellos nacen como los escarabajos y ratones de la putrefacción.

Bien sé que sabes filosofía, le dijo don Cleofas, mejor que si la hubieras estudiado en Alcalá, y que eres maestro en primeras licencias. Dejemos estas digresiones, y acaba de darme cuenta de tu jornada. Con el traje del país, como ves, respondió el Cojuelo, por ensuciarlos todos como cierto amigo, que por desaseado en extremo, ensució el de soldado, el de peregrino y estudiante, volví por los Cantones, por la Bartolina y Ginebra, y no tuve que hacer nada en estos países, porque sus paisanos son demonios de sí mismos, y ese es el juro de heredad que mas seguro tenemos en el infierno. Despues de las Indias fui á Venecia por ver una población tan prodigiosa, que está fundada en el mar, y de su natural condicion tan bajel de argamasa y sillaría, que como la tiene en peso el piélagó Mediterraneo, le vuelve á cualquier viento que sopla. Estuve en la plaza de San Márcos platicando con unos criados de unos clarísimos esta mañana, y hablando en las gacetas de la guerra, les dije que en Constantinopla se habia sabido por espías que estaban en España, que hay grandes prevenciones de ella, y tan prodigiosas, que hasta los difuntos se levantaban de los sepulcros al son de las cajas para este efecto; y hay quien diga que entre ellos habia resucitado el gran duque de Osuna. Apenas lo acabé de pronunciar cuando escurri por no perder tiempo en mis diligencias, y dejando el seno Adriático me sorbí la Marca de Ancona y por la Romania. A la mano izquierda dejé á Roma, porque aun los demonios, por cabeza de la Iglesia militante, veneramos su población. Pasé por Florencia á Milan, que no se le da con su castillo dos blancas de la Europa. Vi á Génova la bella, talego del mundo, llena de novedades y golfo lanzado. Toqué en Vinaroz y los Alfáques, pasando el de Leon y Narbona. Llegué á Valencia, que juega cañas dulces con la primavera. Metíme en la Mancha, que no hay greda que la pueda sacar. Entré en Madrid, y supe que unos parientes de tu dama te andaban á buscar para matarte, porque dicen que la has dejado sin reputacion, y lo peor es lo que me chismó Zancadilla, demonio espía del infierno y sobrestante de ten-

taciones, que me andaba á buscar Cienllamas con una requisitoria, y soy de parecer, por obviar estos dos riesgos, que pongamos tierra en medio; vámonos al Andalucía, que es la mas ancha del mundo; y pues yo te hago la costa, no tienes que temer nada, que con el romance que dice Tendré el invierno en Sevilla y el veranito en Granada, no hemos de dejar lugar en ella que no trajinemos. Y volviéndose á la ventana que salia á la calle, le dijo: Hágame puerta de meson, vamos y sígueme por ella, don Cleofas, que hemos de ir á comer en la venta de Durazutan, que es en Sierra Morena, veinte y dos ó veinte y tres leguas de aquí. No importa, dijo don Cleofas, si eres demonio deportante, aunque cojo; y diciendo esto, salieron los dos por la ventana, flechados de sí mismos, y el huésped desde la puerta, dándole voces al estudiante cuando le vió por el aire, diciendo que le pagase la cama y la posada; y don Cleofas respondió que en volviendo del Andalucía cumpliría con sus obligaciones; y el huésped, que parecia que lo soñaba, se volvió santiguando y diciendo: Pluguiera á Dios como se me va este se me fuera el poeta, aunque me llevara la cama y todo asida á la cola.

Ya en esto el Cojuelo y don Cleofas descubrian la dicha venta, y apeándose del aire entraron en ella, pidiendo al ventero de comer, y él les dijo que no habia quedado en la venta mas que un conejo y un perdigon, que estaban en aquel asador entreteniéndose á la lumbre. Pues trasládenlos á un plato, dijo don Cleofas, señor ventero, y venga el salmorejo, poniéndonos la mesa, pan, vino y salero. El ventero respondió que fuese en buen hora, pero que esperasen que acabasen de comer unos extranjeros que estaban en eso, porque en la venta no habia otra mesa mas que la que ellos ocupaban. Don Cleofas dijo: Por no esperar, si estos señores nos dan licencia, podrémos comer juntos, y ya que ellos van en la silla, nosotros irémos en las ancas. Y sentándose los dos al paso que lo decian, fué todo uno, trayéndoles el ventero la porcion susodicha con todas sus adherencias é incidencias, y comenzaron á comer en compañía de los extranjeros, que el uno era francés, el otro inglés, el otro italiano y el otro tudesco, que habia ya respuntado la comida mas apriesa á brindis de vino blanco y clarete, y tenia á orza la testa, con señales de vómito y tiempo borrascoso, tan zorra de cuatro costados, que pudiera temerle el corral de gallinas del ventero. El italiano preguntó á don Cleofas que de adónde venia, y él le respondió que de Madrid. Repitió el italiano: ¿Qué nuevas hay de guerra, señor español? Don Cleofas le dijo: Ahora todo es guerra. ¿Y contra quién dicen? replicó el francés. Contra todo el mundo, respondió don Cleofas, para ponerlo todo á los piés del rey de España. Pues á fe, replicó el francés, que primero que el rey de España... Antes que acabase la razon el gabacho dijo don Cleofas: El rey de España... El Cojuelo le fué á la mano, diciendo: Déjame, don Cleofas, responder á mí, que soy español por la vida, y con

quien vengo, vengo, que les quiero con alabanzas del rey de España dar un tapaboca á estos borrachos, que si leen las historias de ella, hallarán que por rey de Castilla tiene virtud de sacar demonios, que es mas generosa cirujía que curar lamparones.

Los extranjeros, habiendo visto callar al español, estaban muy falsos, cuando el Cojuelo, sentándose mejor y tomando la mano, y en traje castellano, que ya habia dejado á la guardarropa del viento tudesco, les dijo: Señores míos, mi camarada iba á responder, y á mí, por tener mas edad, me toca el hacerlo; escúchenme atentamente por caridad: el rey de España es un generosísimo lebrél, que pasa acaso solo por una calle, y no hay gozque en ella que á ladrarle no salga, sin hacer caso de ninguno, hasta que se juntan tantos, que se atreve uno al desembocar de ella á otra, pensando que es sufrimiento y no desprecio, á besarle con la boca la cola; entonces vuelve, y dando una manotada á unos, y otra á otros, huyendo todos de manera que no saben adónde meterse, queda la calle toda tan barrida de gozques y con tanto silencio, que aun á ladrar no se atreven, sino á morder las piedras de rabia. Esto mismo le sucede siempre con los reyes contrarios, con las señoras y potentados, que son todos gozques con su majestad católica; pero guárdese el que se atrevere á besarle la cola, que ha de llevar manotada que escarmiente de suerte á los demás, que no hallen dónde meterse huyendo de él.

Los extranjeros se comenzaron á escarapelar, y el francés le dijo: ¡ah, bugre coquín español! Y el italiano, ¡farfante marrano español! Y el inglés, ¡nitesgut español! Y el tudesco estaba de suerte, que lo dió por recibido, dando permission que hablasen los demás por él en aquellas cortes. Don Cleofas, que los vió palotear y echar espadañadas de vino y herejías contra lo que habia dicho su camarada, acostumbrado á sufrir poco y al refrán de quien da luego da dos veces, levantando el banco en que estaban sentados los dos, dió tras ellos, adelantándose el compañero con las muletas en la mano, maneándolas tan bien, que dió con el francés en el tejado de otra venta que estaba tres leguas de allí, y en una necesaria de Ciudad-Real con el italiano, porque muriese hácia donde peacan, y con el inglés de cabeza en una caldera de agua hirviendo que tenían para pelar un puerco en casa de un labrador de Adamuz, y al tudesco, que se habia anticipado á caer de bruces á los piés de don Cleofas, le volvió al Puerto de Santa María, de donde habia salido quince dias antes, á dormir la zorra. El ventero se quiso poner en medio y dió con él en Peralvillo, entre aquellas cenizas de Gestas, como en su centro.

Volviéronse con esto á sentar á comer de los despojos que habia dejado el enemigo muy despacio, y estando en los postreros lances de la comida, entraron algunos mozos de mulas en la venta, llamando al huésped y pidiendo vino, y tras ellos en el mismo carruaje una compañía de representantes que pasaban de Córdoba á la corte, con gana de tomar un refresco en la

venta; venian las damas en jamugas, con bohemios, sombreros con plumas y mascarillas en los rostros, los chapines con plata, colgados de los respaldares de los sillones, y ellos, unos con portamanteos sin cojines, y otros sin cojines ni portamanteos, las capas dobladas debajo, las valonas en los sombreros, con alforjas detrás, y los músicos con las guitarras en cajas delante en los arzones, y algunos de ellos ciclones de estribos, y otros eunucos, con los mozos que les sirven á las ancas; unos con espuelas sobre los zapatos y las medias, y otros con botas de rodillera sin ninguna, otros con varas para hacer andar sus cabalgaduras y las demás mujeres; los apellidos de los mas eran valencianos, y los nombres de las representantas se resolvian en Marianas y Anas Marías, hablando todos recalado con el tono de la representacion. La conversacion con que entraron en la venta era decir que habian robado á Lisboa, asombrado á Córdoba y escandalizado á Sevilla, y que habian de despoblar á Madrid, porque con sola la loa que llevaban para la entrada de un tundidor de Ecija habian de derribar á cuantos autores entrasen en la corte. Con esto se fueron arrojando de las cabalgaduras, y los maridos muy severos apeando en los brazos á sus mujeres, llamando todos al huésped, y de nada se dolia.

La autora se asentó en una alfombra al rededor, y el autor andaba solicitando el regalo de todos como pastor de aquel ganado, y dijo el Cojuelo: Con el señor autor estoy en pecado mortal de parte de mis camaradas. ¿Por qué? dijo don Cleofas. Respondió el diablillo: Porque es el peor representante del mundo, y hace siempre los demonios en los autos del Corpus, y está perdigado para demonio de veras, y para que haga en el infierno los autos si se representaren comedias, que algunas hacen estas farándulas, que aun para el infierno son malas. Uno he visto aquí, dijo don Cleofas, entre los demás compañeros, que le he deseado cruzar la cara porque me galanteó en Alcalá una doncella, moza mia, que se enamoró de él viéndole hacer un rey de Dinamarca. Doncella, dijo el Cojuelo, debia de ser de ella; pero si quieres, prosiguió, que tomemos los dos venganza del autor y del representante, espera y verás cómo lo trazo, porque ahora quieren repartir una comedia con que han de segundar en Madrid, y sobre los papeles has de ver lo que pasa.

Al mismo tiempo que decia eso el Cojuelo, el apuntador de la compañía sacó de una alforja los de una comedia de Claramonte, que habia acabado de copiar en Adamuz el tiempo que estuvieron allí, diciendo al autor: Aquí será razon que se repartan estos papeles entre tanto que se adereza la comida y parece el huésped. El autor vino en ello, porque se dejaba gobernar del tal apuntador, como de hombre que tenia grandísima curia en la comedia; habia sido estudiante en Salamanca, y le llamaban el Filósofo por mal nombre; y llegado con el papel de la segunda dama á Ana María, mujer del que cantaba los bajetes y bailaba los dias del

Corpus, habiéndole dado la primera dama á Mariana, la mujer del que cobraba y que hacia su parte tambien en las comedias de tramoya, arrojándole, dijo que ella habia entrado para partir entre las dos los primeros papeles, y que siempre le daban los segundos, y que ella podia enseñar á representar á cuantas andaban en la comedia, porque habia representado al lado de los mayores representantes del mundo, y en la legua la llamaban Amarilis, segunda de este nombre. Esotra le dijo que no sabria mirar lo que ella con su zapato representaba. Respondióle esotra que de cuándo acá tenia tanta soberbia, sabiendo que en Sevilla le prestó hasta las enaguas para hacer el papel de Dido en la gran comedia de don Guillen de Castro, echando á perder la comedia y haciendo que silbasen la compañía. Tú eres la silbada, dijo esotra, y tu ánima; llegando á las manos y diciéndose palabras mayores, y tan grandes, que alcanzaron á los maridos, y sacando unos con otros las espadas, comenzó una batalla de comedia, metiéndolos en paz los mozos de mulas con los frenos que acababan de quitar; y dejándolos empelotados, se salieron don Cleofas y el Cojuelo de la venta al camino de Andalucía, quedándose abrasando á cuchilladas la compañía, que fuera un Roncesvalles del molino del papel, si el ventero no llegara con la hermandad en busca de los dos que se fueron para prenderlos, con escopetas, chuzos y ballestas, y viendo esta nueva matanza en su venta, jarros, tinajas y platos, hechos tantos en la refriega, los apaciguaron y prendieron á los dichos representantes para llevarlos á Ciudad-Real, habiendo de tener otra peleona mas pesada con el alguacil que los traia á Madrid por orden de los arrendadores con comision del consejo.

TRANCO VI.

En este tiempo nuestros caminantes, tragando leguas de aire, como si fueran camaleones de alquiler, habian pasado á Adamuz del gran marqués del Carpio Haro y nobilísimo descendiente de los señores antiguos de Vizcaya, y padre ilustrísimo del mayor mecenas que los antiguos ingenios y modernos han tenido, y caballero que igualó con sus generosas partes su modestia. Y habiéndose sorbido los siete vados y las ventas de Alcolea, se pusieron á vista de Córdoba por su fertilísima campiña, y por sus celebradas dehesas gramenosas, donde nacen y pacen tantos brutos, hijos del Zecro, mas que los que fingió la antigüedad en el Tajo portugués; y entrando por el campo de la Verdad, pocas veces pisado de gente de esta calaña, á la colonia y populosa patria de dos Sénecas y un Lucano, y del padre de la poesia española el celebrado Góngora, á tiempo que se celebraban fiestas de toros aquel dia y juego de cañas, acto positivo que mas excelentemente ejecutan los caballeros de aquella famosa ciudad, y tomando posada en el meson de las Rejas, que estaba lleno de forasteros que habian concurrido á esta celebridad, se apercibieron para ir á verlas limpiándose el polvo de las nubes; y llegando á la Corredera, que es la

plaza donde se hacen estas festividades, se pusieron á ver un juego de esgrima que estaba en medio del concurso de la gente, que en estas ocasiones suele siempre en aquesta provincia preceder á las fiestas, á cuya esfera no habia llegado la línea recta ni el ángulo obtuso ni oblicuo, que todavía se practicaba el uñas arriba y el uñas abajo de la destreza primitiva que nuestros primeros padres usaron; y acordándose don Cleofas de lo que dice el ingeniosísimo Quevedo en su *Buscon*, pensó parecer de risa, bien que se debe al insigne don Luis Pacheco de Narvaez haber sacado de la oscura tiniebla de la vulgaridad á luz la verdad de este arte, y del caos de tantas opiniones las demostraciones matemáticas de esta ciencia.

Habia dejado en esta ocasion la espada negra un mozo de Montilla, bravo aporreador, quedando en el puesto otro de los Pedroches, no menos bizarro campeón; y arrojándose entre otros que la fueron á tomar muy apriesa don Cleofas, la levantó primero que todos, admirando la resolucion del forastero que en el ademan les pareció castellano; y dando á su camarada la capa y la espada, como es costumbre, puso bizarramente las plantas en la palestra. En esto el maestro con el montante barriendo los piés á los mirones abrió la rueda, dando aplauso á la pendencia vellerí, pues se hacia con espadas mulatas; y partiendo el andaluz y el estudiante castellano uno para otro airoosamente, corrieron una ida y venida sin tocarse al pelo de la ropa, y á la segunda, don Cleofas, que tenia algunas revelaciones de Carranza, por el cuarto círculo le dió al andaluz con la zapatilla un golpe de pechos, y él metiendo el brazal un tajo á don Cleofas en la cabeza sobre la guarnicion de la espada, y convirtiendo don Cleofas el reparo en revés con un movimiento accidental, dió tan grande tamborilada á su contrario, que sonó como si hubiera dado en la tumba de los Castillos. Alborotáronse algunos amigos y conocidos que habia en el corro, y sobre el montante del señor maestro le entraron tirando algunas estocadillas veniales al tal don Cleofas, que en la zapatilla, como con agua bendita se las quitó; y apelando á su espada y capa, y el Cojuelo á sus muletas, hicieron tanta riza en el monton agavillado, que fué necesario echarles un toro para ponerlos en paz: tan valiente montante de Sierra Morena, que á dos ó tres mandobles puso la plaza mas despejada que pudieran la guarda tudesca y española, á costa de algunas bregas que hicieron por detrás ciclopes á sus dueños.

Encaramándose á un tablado don Cleofas y su camarada muy falsos á ver la fiesta, haciéndose aire con los sombreros como si tal no hubiera pasado por ellos, y asechándolos unos alguaciles, porque en estas ocasiones siempre quiebra la sogá por lo mas forastero, habiendo dejarretado el toro, llegaron desde la plaza á caballo, diciéndoles: Señor licenciado y señor Cojo, bajen acá, que los llama el señor corregidor. Y haciendo don Cleofas y su compañero orejas de mercader, comenzaron los ministros ó vaqueros de la justicia á quererlo intentar con las varas, y agarrándose cada uno de la

suya á vara por barba, dijeron á los tales ministros, quitándose las manos de cuajo: Sigannos vuestras mercedessi se atreven á alcanzarnos; y levantándose por el aire, parecieron cohetes voladores, y los dichos alguaciles capados de varas pedian á los gorriones favor á la justicia, quedándose suspensos y atribuyendo la agilidad de los nuevos volatines á sueño, haciendo tan alta punta los dos halcones, salvando á Guadaleazar, del ilustre marqués de este título, del claro apellido de los Córdoba, que dieron sobre el Rollo de Ecija, diciéndole el Cojuelo á don Cleofas: Mira qué gentil árbol berroqueño que suele llevar hombres como otros fruta. ¿Qué colona tan grande es esta? le preguntó don Cleofas. El celebrado Rollo del mundo, le respondió el Cojuelo. ¿Luego esta ciudad es Ecija? repitió don Cleofas. Esta es Ecija, la mas fértil poblacion de Andalucía, dijo el Diablillo, que tiene aquel sol por armas á la entrada de esa hermosa puente, cuyos ojos rasgados lloran Genil, caudaloso rio que tiene su solar en Sierra Nevada, y despues haciendo con el Darro maridaje de cristal, viene á calzar de plata estos hermosos edificios y tanto pueblo de abril y mayo.

De aquí fué Garcí Sanchez de Badajoz, aquel insigne poeta castellano; y en esta ciudad solamente se recoge el galardón, semilla que en toda España no nace, además de otros veinte y cuatro frutos sin sembrarlos de que se vale para vender la gente necesitada; su comarca tambien es fertilísima. Montilla cae aquí á mano izquierda, habitacion de los heróicos marqueses de Priego, Córdoba y Aguilares, de cuya gran casa salió para honra de España el que mereció llamarse Gran Capitan por antonomasia, y hoy á su marqués ilustrísimo se le ha acrecentado la casa de Feria, por morir sin hijos aquel gran portento de Italia, que malogró la fortuna de envidia, cuyo gran sucesor, siendo mudo, ocupa á grandezas en silencio elocuentes las lenguas de la fama. Mas abajo está Lucena del alcaide de los Donceles, duque de Cardona, en cuyo océano de blasones se anegó la gran casa de Lerma. Luego Cabra, celebrada por su sima tan profunda como la antigüedad de sus dueños pregona con las lenguas de sus almenas que es del inclito duque de Sesa y Soma, y que la vive hoy su entendido y bizarro heredero. Luego Osuna se ofrece á la demarcacion de estos lustres edificios, blasonando con tantos maestros Girones la altivez de sus duques. Veinte y dos leguas de aquí cae la hermosísima Granada, paraíso de Mahoma, que no en vano la defendieron tanto sus valientes africanos españoles, de cuya Alhambra y Alcazaba es alcaide el nobilísimo marqués de Mondejar, padre del generoso conde de Tendilla, Mendozas del Ave María y credo de los caballeros. No nos olvidemos de Guadix, ciudad antigua y celebrada por sus melones, y mucho mas por el divino ingenio del doctor Mira de Mesa, hijo suyo y arcediano. Cuando iba el Cojuelo refiriendo esto, llegaron á la Plaza Mayor de Ecija, que es la mas insigne de la Andalucía, y junto á una fuente que tiene en medio de jaspe, con cuatro ninfas gigantes de alabastro derramando lanzas

de cristal, estaban unos ciegos sobre un banco de piés, y mucha gente de capa parda de auditorio, cantando la relacion muy verdadera que trataba de cómo una maldita dueña se habia hecho preñada del diablo, y por permission de Dios habia parido una manada de lechones, con un romance de don Alvaro de Luna, y una letrilla contra los demonios, que decia:

Lucifer tiene muermo,
Satanás sarna,
Y el Diablillo Cojuelo
Tiene almorranas.
Almorranas y muermo,
Sarna y ladillas,
Su mujer se las quita
Con tenacillas.

El Cojuelo le dijo á don Cleofas: ¿Qué te parece los testimonios que nos levantan estos ciegos y las sátiras que nos hacen? Ninguna raza de gente se nos atreve á nosotros sino son estos que tienen mas ánimo que los mayores ingenios; pero esta vez me lo han de pagar castigándose ellos mismos por sus propias manos, y daré de camino venganza á las dueñas, porque no hay en el mundo quien no las quiera mal, y nosotros las tenemos grandes obligaciones, porque nos ayudan á nuestros embustes, que son demonias hembras. Y sobre la entonacion de las coplas metió el Cojuelo cizaña entre los ciegos, que rempujándose primero, y cayendo de ellos en el pilon de la fuente, y esotros en el suelo, volviéndose á juntar se mataron á palos, dando barato de camino á los oyentes, que les respondieron con algunos puñetes y coces. Y como llegaron á Ecija con las varas de los alguaciles de Córdoba, pensando que traian alguna gran comision de la corte, llegó la justicia de la ciudad á hacerles fiesta y á lisonjearlos con ofrecerles sus posadas; y ellos, valiéndose de la ocasion, admitieron las ofertas con que fueron regalados como cuerpos de rey; y preguntándoles qué negocio era el que traian para Ecija, el Cojuelo les respondió que era contra los médicos y boticarios y visita general de beatas; y que á los médicos se les venia á vedar que despues de matar á un enfermo no les valiese la mula por sagrado; y que cuando no se saliese con esto, por lo menos á los boticarios que errasen las purgas, que no pudiesen ser castigados si se retrajesen en los cementerios de las mulas de los médicos, que son las ancas, y que á las beatas se les venia á quitar el tomar tabaco, beber chocolate y comer jígote. Parecióle al alguacil mayor, que no era lerdo, y tenia su punta de hacer jácara y entremeses, que hacian burla de ellos, y quiso agarrarlos para dar con ellos en la trena y despues sacudirles el polvo y batanarles el cordoban por embebecadores, embusteros y alguaciles chanflones; y levantando el Cojuelo una polvareda de piedra azufre y asiendo á don Cleofas por la mano, se desaparecieron entre la cólera y resolucion de los ministros ecijanios, dejándolos tosiendo y estornudando, dándose de cabezadas unos á otros sin entenderse, haciendo los neblies de la mas oscura Noruega puntas á diferentes partes; y dejando á la derecha á Palma, donde se junta Genil con Gua-